

VIGIAMU

EL DÍA EN QUE EL CIELO SE PARTIÓ



VIGIAMU
SEASON 8
19.1



15세 이상 시청가 청소년이용불가 공포 액션



ÍNDICE

VIGIAMU

El Día en que el Cielo se Partió

I. LORÉNCIA

El herrero que no quería ser héroe

II. NORIA

La elfa que escuchaba a los árboles

III. DEVIAS

El mago que había leído demasiado

IV. TRES TIERRAS, TRES SOMBRAS

Antes de la grieta, el mundo respiraba en equilibrio

V. LA GRIETA

Cuando el cielo dejó de ser eterno

VI. EL SÍMBOLO

El poder olvidado vuelve a latir

VII. EL SUSURRO BAJO LA MONTAÑA

Los herederos han sido marcados

VIII. EL COMIENZO

Tres destinos empiezan a converger

IX. EL ENCUENTRO DE LOS TRES CAMINOS

Cuando el destino une a los elegidos

X. LA LLEGADA DE MAELOR

El portador de la verdad prohibida

XI. EL BOSQUE SE MUEVE

Lethira responde al llamado ancestral

XIII. EL RELATO DEL MAGO

La historia que el mundo olvidó

XIII. EL RUMOR DEL SUR

La sombra se extiende más allá del horizonte

XIV. EL PODER DE LOS VIGÍAS DESPIERTA

La luz corta por primera vez la oscuridad

XV. DUNGEON

La prisión... y lo que jamás debió despertar

LORENCIA – EL HERRERO QUE NO QUERÍA SER HÉROE

Eldran caminaba por la calle principal de Lorencia con los brazos doloridos y el olor a carbón impregnado en la piel. Había pasado todo el día en la forja "Martillo y Ceniza", afilando hojas, ajustando armaduras y soportando las quejas de su padre, un hombre tan duro como el mismo yunque.

No era soldado, ni caballero, ni aspiraba a serlo. Su sueño era simple: forjar una espada digna de portar un nombre. Nada más.

Lorencia, esa noche, respiraba como siempre: Antorchas encendidas, risas de taberna, pasos de guardias patrullando la muralla...

Hasta que dejaron de escucharse.

Una sombra descendió desde lo alto. No era una nube. No era humo. Era como si alguien hubiese vertido tinta negra sobre la bóveda celeste.

Las antorchas vacilaron. Luego se apagaron al unísono.

Un murmullo recorrió la ciudad. Gritos lejanos. Un temblor que estremeció los cimientos de las casas.

Eldran levantó la vista.

El cielo... estaba girando.

Un torbellino de nubes negras se formaba justo sobre Lorencia, succionando la luz de las estrellas. En el centro, una espiral azul pulsaba como un ojo intentando abrirse tras un millar de siglos.

—¿Qué demonios...?—susurró.

Y entonces, la realidad se rasgó.

Una línea de fuego azul cruzó el firmamento. No cayó: simplemente apareció. Como la apertura de un portal. Como un tajo en la tela de la existencia.

Eldran dio un paso atrás. No sabía que esa noche sería el inicio de su leyenda. Solo sabía que algo imposible acababa de ocurrir.

NORIA – LA ELFA QUE ESCUCHABA A LOS ÁRBOLES

Noria siempre había sido un santuario de calma.
Sus árboles centenarios susurraban historias antiguas, los ríos corrían limpios como cristales,
y las luciérnagas bailaban sobre la hierba como si cada noche fuese una celebración.

Lethira caminaba entre ellos sin importar la oscuridad.
El bosque se apartaba para dejarla pasar.
Los animales guardaban silencio cuando la veían.
Ella no era una elfa cualquiera: desde pequeña, los espíritus del bosque le enviaban señales.
Susurros.
Sombras.
Advertencias.

Pero esa noche, el bosque... se congeló.

Las luciérnagas se apagaron.
Los búhos cesaron su canto.
Ni siquiera el viento se movía.

Lethira sintió un vértigo repentino.
El suelo vibró bajo sus pies, como si algo gigantesco hubiera
golpeado desde el núcleo mismo del mundo.

Y entonces la vio.
Una visión.
Un cielo rasgado.
Una espiral azul abriéndose sobre un pueblo humano.
Y un nombre que brotó desde las raíces más antiguas del bosque:

Kundun.

El nombre resonó en su mente como un trueno silencioso.
Los árboles temblaron.
Las hojas se marchitaron al oírlo, como si temieran pronunciarlo.

Lethira cayó de rodillas, jadeando.

No sabía quién o qué era Kundun.
Pero los espíritus sí lo sabían.
Y estaban aterrados.



DEVIAS – EL MAGO QUE HABÍA LEÍDO DEMASIADO

A miles de kilómetros, en las tierras heladas de Devias, mientras la nieve caía sin descanso y los lobos aullaban desde los riscos, un anciano mago abría un libro que nadie más en el mundo era capaz de traducir.

Maelor.
El viejo de la torre.
El que escuchaba voces en el viento.
El que hablaba de tiempos anteriores a los reyes y a los imperios.

Se le consideraba excéntrico.
Loco quizá.
Pero había estudiado runas, profecías y sellos milenarios.
Sabía que algo dormía bajo el hielo.
Y sabía que algún día despertaría.

Esa noche, las velas se apagaron de golpe.
La torre entera tembló.
Maelor abrió la ventana y vio, a lo lejos, la espiral azul en el cielo.

Sus manos, normalmente firmes, temblaron.

—No... No todavía... —murmuró.

Pero era inútil negarlo.
Todo lo que había temido estaba ocurriendo.

El sello se había roto.
El Vigía Caído despertaba.

Aunque el mundo aún no entendiera lo que eso significaba.





EL DÍA EN QUE EL CIELO SE PARTIÓ

TRES TIERRAS, TRES SOMBRAS

Antes de que existiera el nombre VigiaMU, antes de que las leyendas se grabaran en pergaminos o se cantaran en tabernas, existía únicamente el Continente. Un mundo vasto, viejo y silencioso, dividido en tres territorios principales, tan distintos entre sí como las estrellas del firmamento.

Al oeste, la cálida Lorencia, tierra humana de hierro, fuego y disciplina.
Al este, la mística Noria, reino de raíces antiguas y espíritus silenciosos.
Al norte, la helada Devias, donde la magia dormía bajo la nieve y la historia se conservaba como el hielo eterno.

De esas tres tierras nacerían los fundadores de una nueva era.
Pero aún nadie lo sabía.
El mundo respiraba tranquilo, ignorante de la grieta que estaba por abrirse en el corazón del cielo.

LA GRIETA

En la plaza de Lorencia, el caos ya era absoluto.
Mujeres corriendo con sus hijos, hombres empujándose,
guardias intentando mantener el orden.
Y en el centro, donde antes había una modesta fuente
de piedra, ahora se levantaba una columna de agua suspendida en el aire.
Gotas flotaban alrededor como lunas pequeñas.
La columna se retorció...

...hasta abrirse en un óvalo oscuro.
Un portal.

Del que salía olor a sangre antigua, piedra quemada y muerte.
Los guardias retrocedieron, pálidos.
Eldran tragó saliva, sin entender por qué sus pies lo llevaban hacia adelante.
Una mano salió del portal.
Gigantesca.
Con garras.
La piel negra como ceniza.
Luego otra.
Y después, la sombra de algo colosal detrás.
El aire se congeló.
La plaza entera quedó muda.

El ser emergió finalmente:
Alto como una torre, coronado por cuernos retorcidos, ojos rojos
como carbones ardientes, armadura negra que parecía respirar
por sí misma.
Nadie lo conocía.

Pero todos supieron su nombre.

—Kundun... —susurraron.

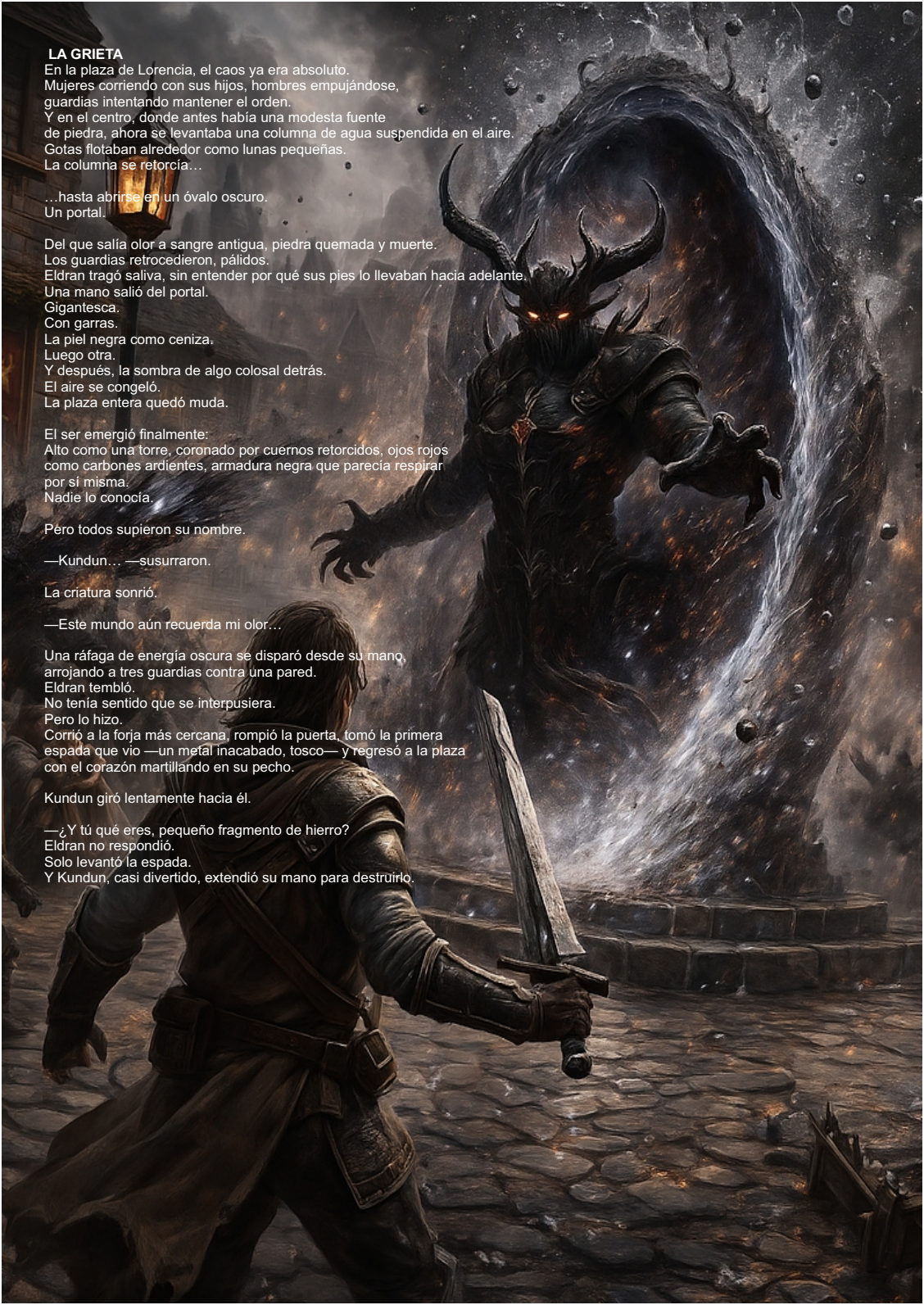
La criatura sonrió.


—Este mundo aún recuerda mi olor...

Una ráfaga de energía oscura se disparó desde su mano,
arrojando a tres guardias contra una pared.
Eldran tembló.
No tenía sentido que se interpusiera.
Pero lo hizo.
Corrió a la forja más cercana, rompió la puerta, tomó la primera
espada que vio —un metal inacabado, tosco— y regresó a la plaza
con el corazón martillando en su pecho.

Kundun giró lentamente hacia él.

—¿Y tú qué eres, pequeño fragmento de hierro?
Eldran no respondió.
Solo levantó la espada.
Y Kundun, casi divertido, extendió su mano para destruirlo.





EL SÍMBOLO

La ráfaga oscura impactó directamente contra Eldran.
O debió hacerlo.
Porque en el último instante, un círculo dorado apareció frente a él.
Un escudo de luz.
Un ojo cerrado rodeado por cuatro líneas curvas.
El símbolo de algo que ya no existía.
El impacto retumbó en toda Lorencia.
La energía se dispersó como una tormenta.
Eldran cayó al suelo, aturdido pero vivo.

Kundun frunció el ceño.

—Así que... quedan restos de ellos...
El demonio retrocedió hacia el portal.

—Muy bien.
Si el mundo desea resistir...
Que lo intente.
Y desapareció.

El cielo comenzó a aclarar.
Las estrellas volvieron.
La ciudad, herida pero viva, respiró aliviada sin comprender
lo que acababa de presenciar.



EL SUSURRO BAJO LA MONTAÑA

Muy lejos de allí, bajo una montaña sin nombre, un círculo de piedra antiguo despertó.

Tres puntos de luz se encendieron sobre un mapa tallado:
Lorencia.
Noria.
Devias.

Sombras encapuchadas —los últimos fragmentos de una orden extinguida—
susurraron al unísono:

—Los herederos... han despertado.
No explicaron más.
No podían.

Pero el mundo lo sentiría pronto.
Porque el nombre de esa antigua orden sería recordado otra vez.

EL COMIENZO

Maelor, envuelto en su capa, descendió de su torre y emprendió rumbo a Lorencia.

Lethira, inquieta, observaba el horizonte desde la copa de un árbol.

Eldran, con la espada aún temblando en su mano, miraba el símbolo que había salvado su vida desvanecerse en su pecho.

Tres tierras.

Tres destinos.

Tres herederos de un poder que no pidieron, pero que necesitarían.

Porque la grieta del cielo no era un accidente.

Era una señal.

Una advertencia.

Un llamado.

El llamado de un antiguo Vigía...

traicionado, olvidado...

y ahora liberado.

El continente conocería pronto su propio nombre en la historia.

Un nombre que significaría defensa, vigilancia, resistencia.

VigiaMU.

El Mundo que Vigila.

Y que será vigilado.



EL ENCUENTRO DE LOS TRES CAMINOS

LORENCIA AL AMANECER

El sol intentó levantarse sobre Lorencia, pero su luz parecía tímida, casi temerosa. La ciudad, que siempre despertaba entre martillazos y voces humanas, amaneció silenciosa.

Las calles aún ardían en algunos puntos; pedazos de piedra seguían humeando donde había caído la energía oscura de Kundun.

Eldran estaba sentado en una escalera de piedra, las manos vendadas, la espada inacabada apoyada a su lado. No había dormido.

¿Cómo hacerlo después de ver lo que había visto?

Cada vez que cerraba los ojos, revivía el instante en que el símbolo dorado apareció: el escudo de luz, el ojo cerrado.

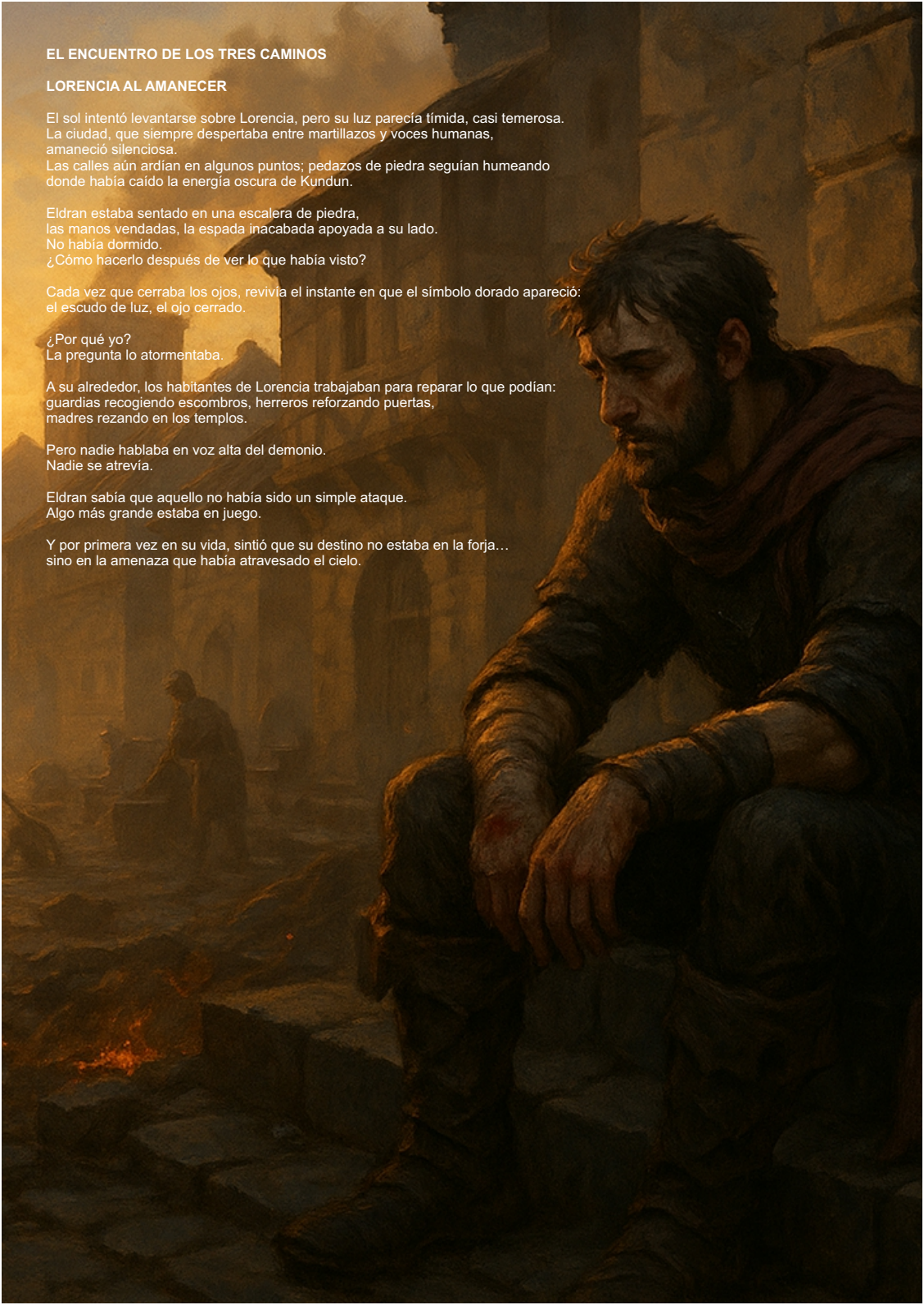
¿Por qué yo?
La pregunta lo atormentaba.

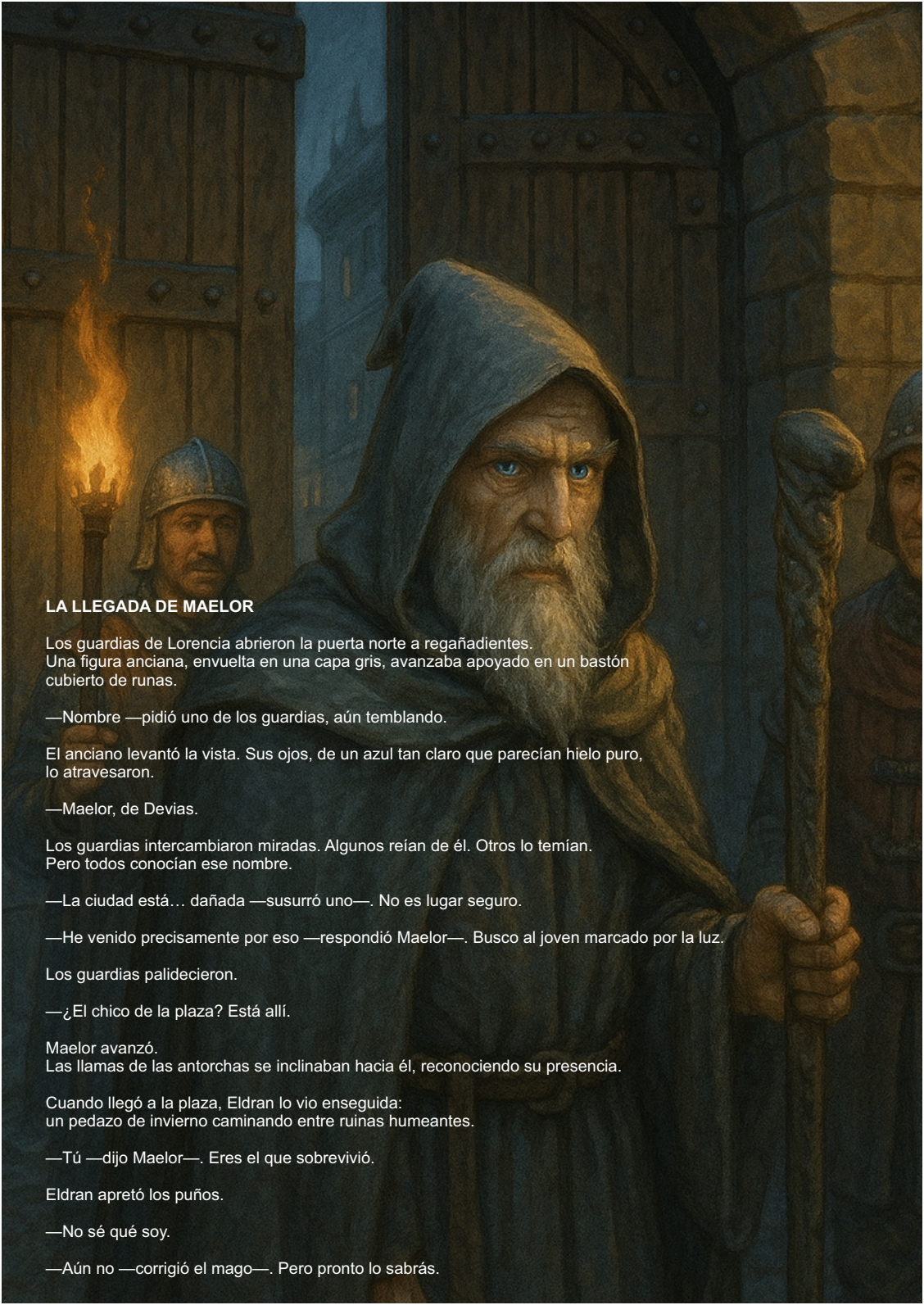
A su alrededor, los habitantes de Lorencia trabajaban para reparar lo que podían: guardias recogiendo escombros, herreros reforzando puertas, madres rezando en los templos.

Pero nadie hablaba en voz alta del demonio. Nadie se atrevía.

Eldran sabía que aquello no había sido un simple ataque. Algo más grande estaba en juego.

Y por primera vez en su vida, sintió que su destino no estaba en la forja... sino en la amenaza que había atravesado el cielo.





LA LLEGADA DE MAELOR

Los guardias de Lorencia abrieron la puerta norte a regañadientes. Una figura anciana, envuelta en una capa gris, avanzaba apoyado en un bastón cubierto de runas.

—Nombre —pidió uno de los guardias, aún temblando.

El anciano levantó la vista. Sus ojos, de un azul tan claro que parecían hielo puro, lo atravesaron.

—Maelor, de Devías.

Los guardias intercambiaron miradas. Algunos reían de él. Otros lo temían. Pero todos conocían ese nombre.

—La ciudad está... dañada —susurró uno—. No es lugar seguro.

—He venido precisamente por eso —respondió Maelor—. Busco al joven marcado por la luz.

Los guardias palidecieron.

—¿El chico de la plaza? Está allí.

Maelor avanzó.

Las llamas de las antorchas se inclinaban hacia él, reconociendo su presencia.

Cuando llegó a la plaza, Eldran lo vio enseguida: un pedazo de invierno caminando entre ruinas humeantes.

—Tú —dijo Maelor—. Eres el que sobrevivió.

Eldran apretó los puños.

—No sé qué soy.

—Aún no —corrigió el mago—. Pero pronto lo sabrás.



EL BOSQUE SE MUEVE

En Noria, Lethira preparaba su arco mientras hablaba con los árboles.
No era locura; era parte de su don.

—Mostradme el camino... —susurró.

El viento se inclinó hacia el oeste. Las ramas temblaron en la misma dirección.
El bosque la guiaba.

Los espíritus no la habían llamado nunca con tanta urgencia.

Antes de partir, apoyó su mano sobre el Gran Árbol de Noria, al que los elfos llamaban Padre Raíz.

—Volveré —prometió.

Y emprendió el viaje.

EL RELATO DEL MAGO

Maelor y Eldran se sentaron junto a una fuente destruida.

—Escucha con atención —comenzó Maelor—.

Lo que viste ayer no fue una criatura cualquiera. Ese ser... Kundun... fue alguna vez algo distinto.

Eldran permaneció en silencio.

—En tiempos antiguos existió una orden llamada los Vigías

—continuó el mago—

Custodios entre este mundo y otros planos. Guerreros, magos y seres espirituales que protegían la frontera entre lo visible y lo invisible.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó Eldran.

Maelor cerró los ojos.

—Uno de ellos cayó.

Eldran sintió un escalofrío.

—¿Kundun...?

—No pronuncies su nombre con ligereza. Ese ser fue un Vigía. El más poderoso. Hasta que se rindió al Abismo. Su corrupción casi destruyó el mundo.

Eldran apretó la espada.

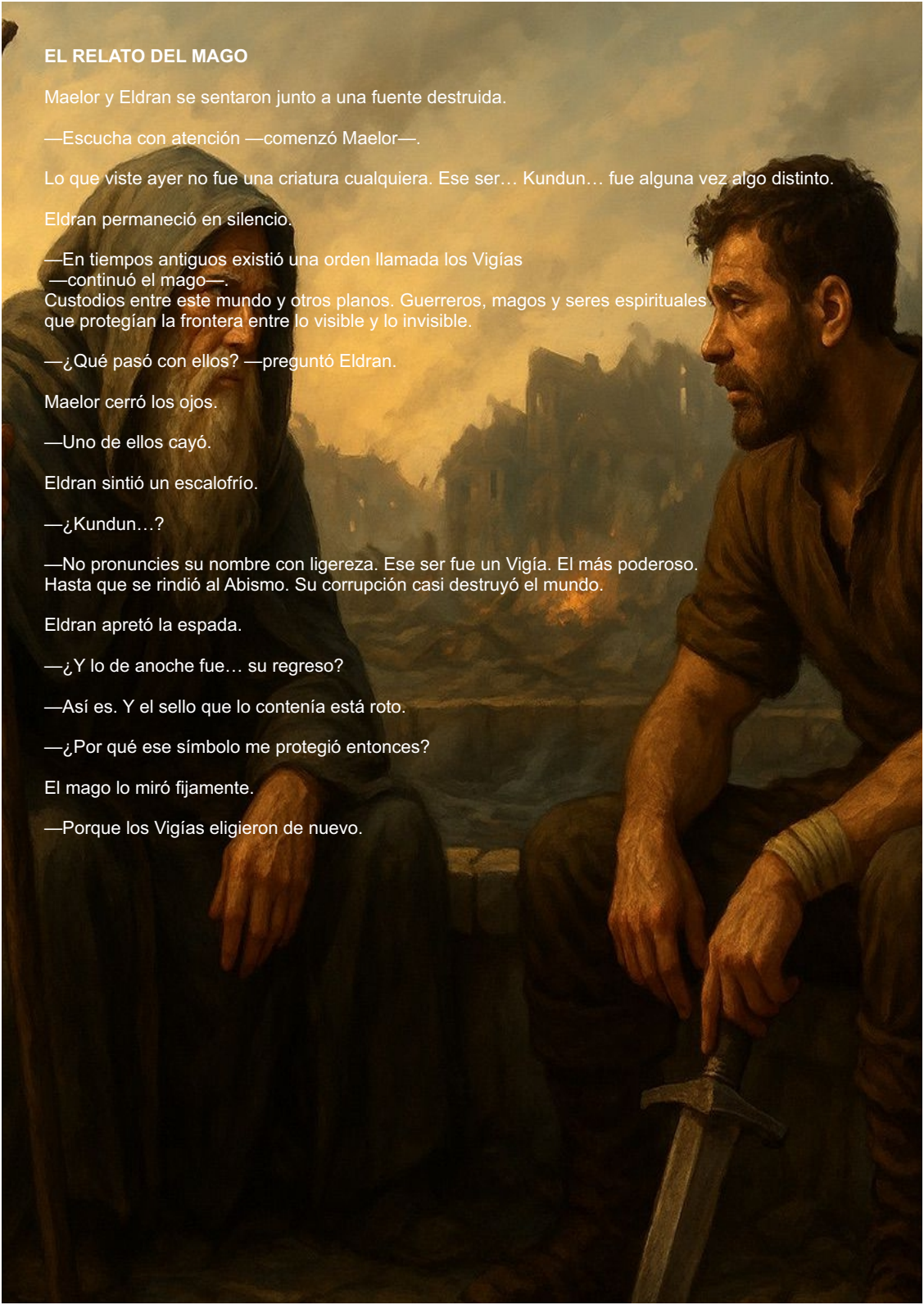
—¿Y lo de anoche fue... su regreso?

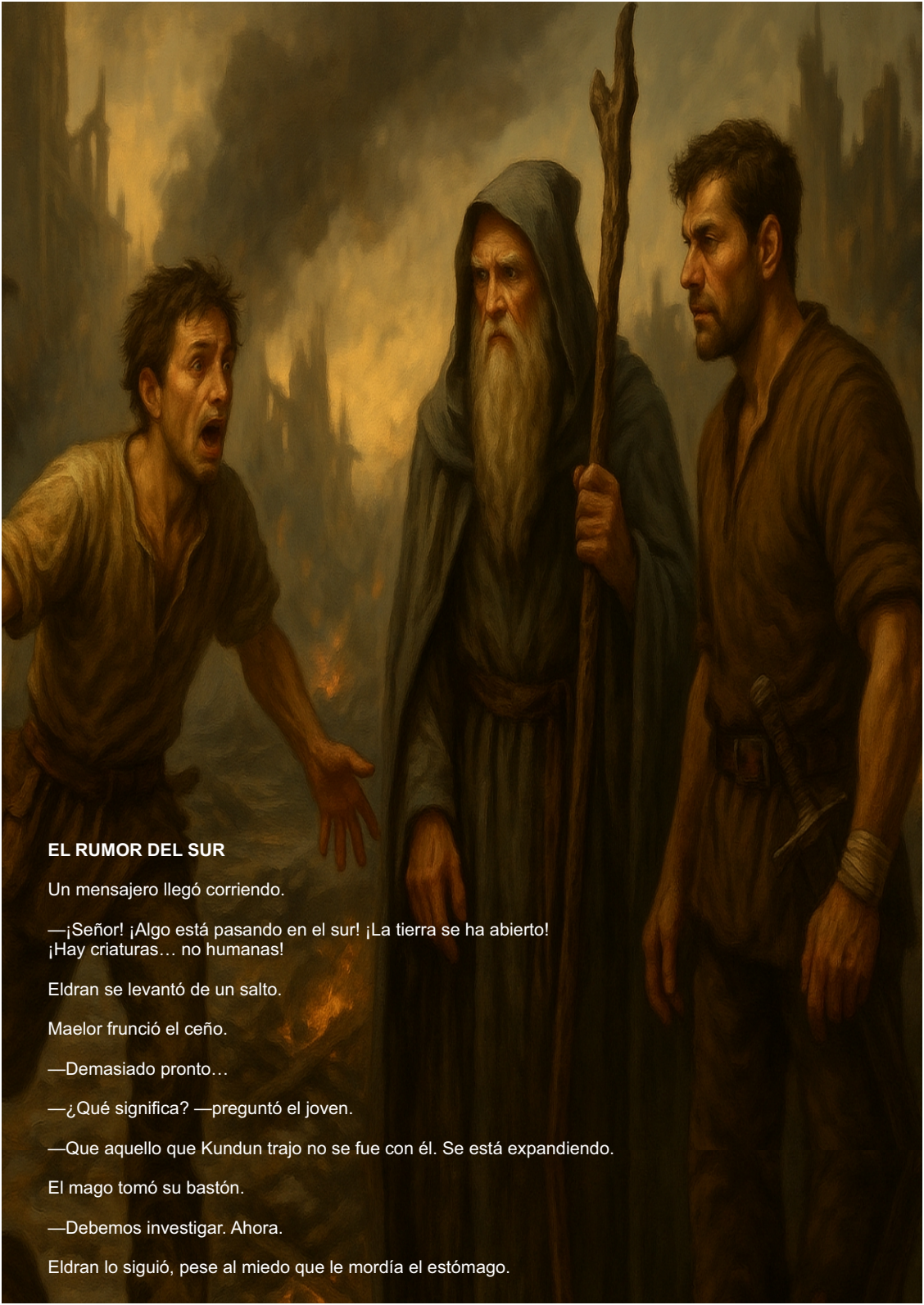
—Así es. Y el sello que lo contenía está roto.

—¿Por qué ese símbolo me protegió entonces?

El mago lo miró fijamente.

—Porque los Vigías eligieron de nuevo.





EL RUMOR DEL SUR

Un mensajero llegó corriendo.

—¡Señor! ¡Algo está pasando en el sur! ¡La tierra se ha abierto!
¡Hay criaturas... no humanas!

Eldran se levantó de un salto.

Maelor frunció el ceño.

—Demasiado pronto...

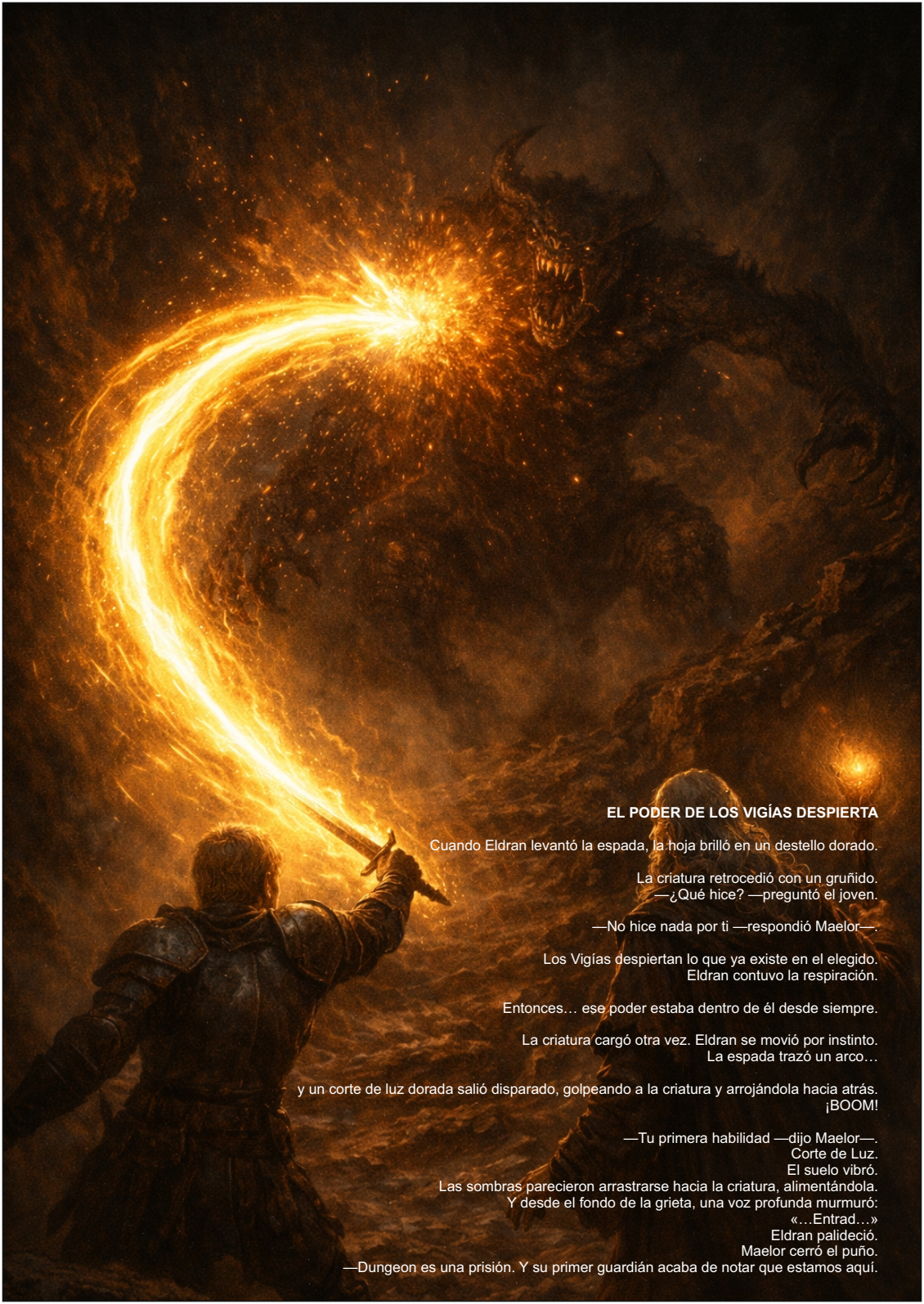
—¿Qué significa? —preguntó el joven.

—Que aquello que Kundun trajo no se fue con él. Se está expandiendo.

El mago tomó su bastón.

—Debemos investigar. Ahora.

Eldran lo siguió, pese al miedo que le mordía el estómago.



EL PODER DE LOS VIGÍAS DESPIERTA

Cuando Eldran levantó la espada, la hoja brilló en un destello dorado.

La criatura retrocedió con un gruñido.

—¿Qué hice? —preguntó el joven.

—No hice nada por ti —respondió Maelor—.

Los Vigías despiertan lo que ya existe en el elegido.

Eldran contuvo la respiración.

Entonces... ese poder estaba dentro de él desde siempre.

La criatura cargó otra vez. Eldran se movió por instinto.

La espada trazó un arco...

y un corte de luz dorada salió disparado, golpeando a la criatura y arrojándola hacia atrás.

¡BOOM!

—Tu primera habilidad —dijo Maelor—.

Corte de Luz.

El suelo vibró.

Las sombras parecieron arrastrarse hacia la criatura, alimentándola.

Y desde el fondo de la grieta, una voz profunda murmuró:

«...Entrad...»

Eldran palideció.

Maelor cerró el puño.

—Dungeon es una prisión. Y su primer guardián acaba de notar que estamos aquí.

LA LLEGADA DE LETHIRA

Antes de que Eldran atacara, una flecha silbó en el aire:

¡SCHOOM!

La punta se clavó en el ojo del monstruo.

Lethira apareció desde los árboles, arco en mano.

—Llegué tarde... ¡pero llegué! —dijo.

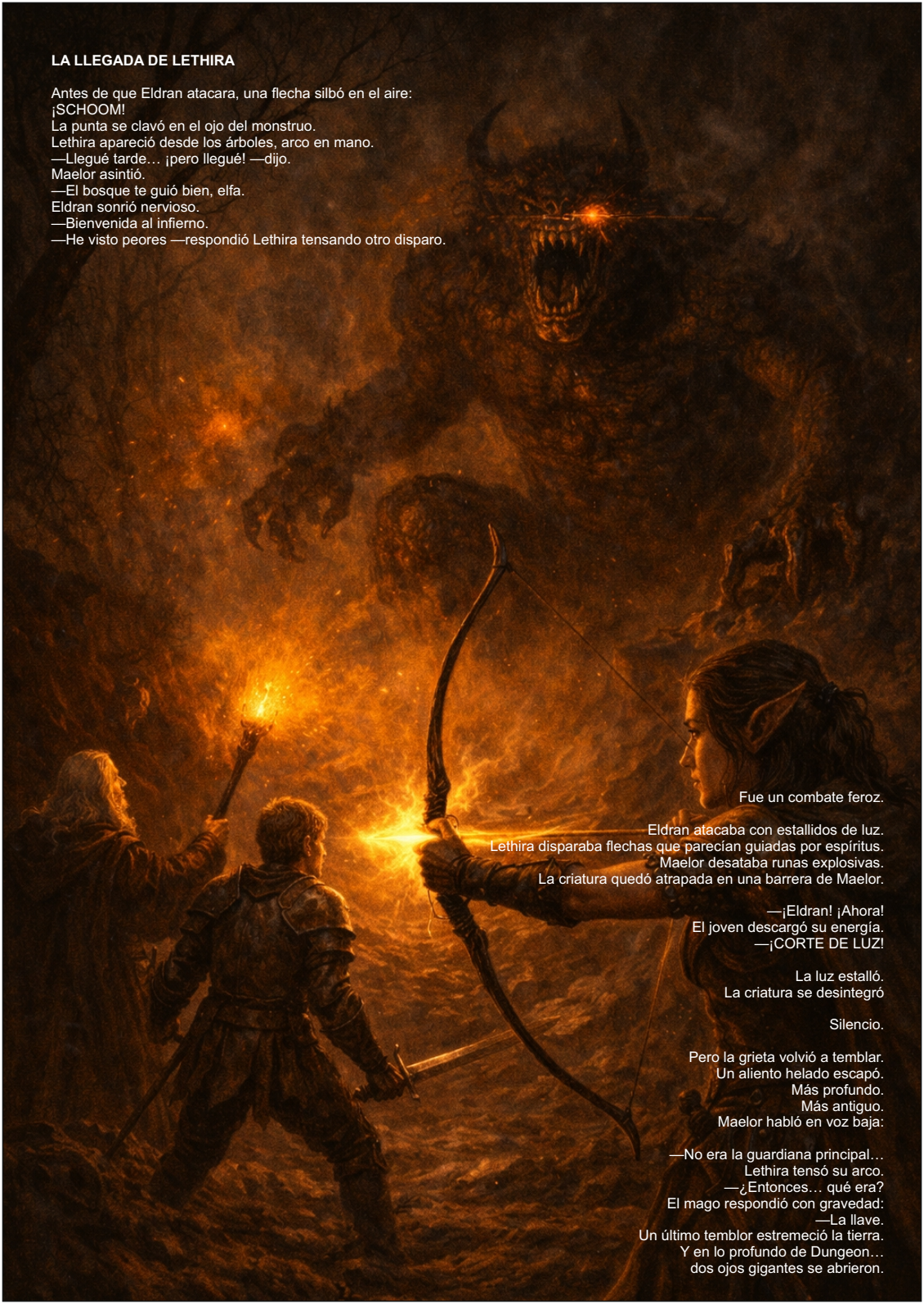
Maelor asintió.

—El bosque te guió bien, elfa.

Eldran sonrió nervioso.

—Bienvenida al infierno.

—He visto peores —respondió Lethira tensando otro disparo.



Fue un combate feroz.

Eldran atacaba con estallidos de luz.

Lethira disparaba flechas que parecían guiadas por espíritus.

Maelor desataba runas explosivas.

La criatura quedó atrapada en una barrera de Maelor.

—¡Eldran! ¡Ahoral

El joven descargó su energía.

—¡CORTE DE LUZ!

La luz estalló.

La criatura se desintegró

Silencio.

Pero la grieta volvió a temblar.

Un aliento helado escapó.

Más profundo.

Más antiguo.

Maelor habló en voz baja:

—No era la guardiana principal...

Lethira tensó su arco.

—¿Entonces... qué era?

El mago respondió con gravedad:

—La llave.

Un último temblor estremeció la tierra.

Y en lo profundo de Dungeon...

dos ojos gigantes se abrieron.

... continuará